

No, a las bases americanas

MIGUEL ANGEL AGEA

El otoño político va a penetrar con la resolución de un tema de candente actualidad, particularmente para la región: el 26 de septiembre caducan los Acuerdos de cooperación entre España y los Estados Unidos, aunque es probable, según un reciente portavoz norteamericano en Madrid, que haya prórroga del convenio hasta que se llegue a un acuerdo en cualquier sentido.

Veintidós años han transcurrido desde aquel 1953, en que España acababa de salir del impasse político y económico que puso en juego la supervivencia misma del Régimen. ¡Años de la postguerra, en que la indignancia hacia de la servidumbre un timbre de gloria!

El poco profético entusiasmo de don José Félix de Lequerica —que intervino activamente en las gestiones diplomáticas— le hizo decir a la agencia United Press por aquellas fechas: «Estoy seguro de que un positivo fervor popular acogerá la firma (de los acuerdos)». Entusiasmo que, de ser cierto, el paso de los años se ha encargado de apagar. Efectivamente, en recientes consultas a la opinión pública del país, ésta se ha mostrado —en un elevado porcentaje— contraria a la continuación de las bases americanas en territorio español, incluso en oposición a la renovación de los acuerdos— cuyo contenido, como es sabido, no es exclusivamente militar, aunque admitan que España deba mantener algún tipo de pacto con los Estados Unidos. La oposición a las bases no descarta la cooperación con Norteamérica.

Lo que pareció conveniente se ha tornado peligroso; y esta peligrosidad ha conseguido concitar la conciencia española a un nivel de coincidencia al que ningún otro tema —salvo el de Gibraltar, tan ligado a éste— ha conseguido aunar las más encontradas opiniones políticas del país.

Los lectores de la prensa han seguido los

acontecimientos, la marcha de las negociaciones desde unas localidades forzosamente lejanas. No les ha sido dada una mejor audiencia. Sólo la suficiente para saber el número de rondas y los protagonistas de las mismas; al final el anuncio de la fecha de la próxima ronda de conversaciones. Y algunos datos sustanciales han llegado desde otros ruedos: a la prensa norteamericana habrá que agradecer las noticias acerca de lo que el ejecutivo español demanda en dichas rondas. Se ha negado a la opinión pública una exposición realista de lo que —por otros caminos— se ha hecho patente: al no existir Tratado sino Acuerdo, no hay garantías de ser defendidos de una agresión exterior. Entretanto la geografía española y, particularmente la andaluza, baila sobre un barril de pólvora, corriendo el riesgo de verse «nuevamente» involucrada —dirá alguno— en operaciones ajenas como fueron las de la última guerra árabe-israelí.

Sin exageraciones, las bases siguen siendo importantes para la estrategia americana. Algún día pueden dejar de serlo. Pero antes han podido ocurrir cosas irremediables. Rota, Morón de la Frontera, Torrejón de Ardoz y Zaragoza y —desde ellas— numerosas poblaciones españolas al alcance de cualquier ingenio atómico contra las fuerzas norteamericanas que las ocupan. Para quien sepa leer destaca la dureza del tributo andaluz a tamaño empresa: terror atómico en potencia; posible atentado contra la seguridad personal de miles, millones de personas. LA ILUSTRACION REGIONAL se hace eco de toda una opinión en contra de una renovación de la presencia militar de los Estados Unidos en suelo español, de una opinión que exige una política de prevención del terror atómico, aniquilador de colectividades humanas.

Hay efemérides por las que no debieran doblar las campanas. ■